

In memoriam - Emilio Prados

Por José DE LA COLINA

¿DÓNDE está Emilio Prados? Recuerdo la última vez que lo vi, desde la ventana de mi cuarto piso: iba cruzando la avenida Melchor Ocampo bajo el sol de mediodía, y al oír mi voz —¡Emilioooo!—, dio un salto a la acera del camellón y se volvió a buscarme, lanzándome el súbito lampo de sus gafas. ¡Emilioooo, soy yoooo!, y mientras él se quedaba allí, esperando con su paciencia de jardinero, bajé apresuradamente las escaleras, lo tomé del brazo y le ayudé a subir, lentamente, respetando las exigencias de su respiración y oyéndole los esperados y merecidos reproches por no telefonarle, por no haberlo visitado en tanto tiempo, por no haberle llevado a leer mis cosas.

¿DÓNDE está Emilio Prados? Vivía en un departamento mínimo, atiborrado de libros, de viejas fotografías con los rostros de Federico, de Rafael, de Manolo (o sea de García Lorca, de Alberti, de Alto-laguirre) y con su lejano puerto de Málaga erizado de palos de barquitos, su sillón de tela gris (¿era gris?) ya gastado y deforme y sucio en los sitios donde descansaban las manos y la nuca, y entre polvo y aire de encierro, enfundado en su bata raída, con su aire franciscano (o dominico, quién lo sabrá ya), con los lentes a media nariz y su rostro densamente bueno, contento y fatigado. Monologaba en el suave ceceo de sus eses:

—¿Ves tú? Una vez estábamos Dalí, Gala y yo junto al mar y ellos jugueteaban, querían hacer el amor, pero no se atrevían porque yo estaba allí. Entonces yo les dije: “No os preocupéis por mí. ¿No creéis en el amor libre y esas cosas? Haced lo que queráis.” Pero no se atrevían. Eran unos farsantes. El surrealismo era una moral, no una estética, ¿sabes?

¿DÓNDE está Emilio Prados? Lo conocí porque él me pidió, a través de otra persona, que fuera a verlo; le había gustado mi primer libro de cuentos, recién publicado. Lo visité en su departamento de Lerma y Duero y estuve hablando con él muchas horas, no sé cuántas, mientras él desplegaba en ese espacio “que es alma” (¿la suya?, ¿la mía?) una serie infinita de playas mediterráneas, de instantes de juventud, de su juventud junto a Federico, a Rafael, a Manolo, e iba construyendo en el aire aquella mítica Residencia de Estudiantes que es para muchos de nosotros, los hijos de refugiados españoles, la imagen de la joven España. Me dio consejos que yo no he sabido seguir, porque es muy difícil ser puro como era Emilio y además estar en la vida, no en la torre de marfil.

—¿Sabes? Lo que tienes que conservar, contra todo, es esa pureza de tu libro. Tienes que ser siempre fiel a eso. No te metas en trabajos que te hagan viejo, no tengas compromiso con otra cosa que eso que tú sientes. Los muchachos escriben cosas muy hermosas, pero por ganarse la vida se la pasan sin ver la hermosura. Uno tiene que decir lo que siente de las cosas. Lo demás viene después. Lo importante es que no traiciones tu vocación, que no escribas por publicar, que no publiques por ganar.

Hablamos de las ediciones Séneca y elogié aquellas *Obras completas* de Ma-

chado que son absolutamente inhallables, y entonces él me ofreció su ejemplar, el único que tenía. Hube de emplear mucho tiempo en impedirle que me lo regalara, y al final me fui de allí con un ejemplar de *Memoria del olvido*, sobre cuya primera página Emilio había hecho un dibujo infantil (su clásico velero navegando por un río, con un monigote que agita un pañuelo en la popa) y escrito una dedicatoria: “Para José de la Colina en la memoria de una amistad que viene.”

¿DÓNDE está Emilio Prados? Se detenía a conversar con todo el mundo en la calle, con su limpiabotas, con las empleadas del supermercado, con un niño o una vieja. Hablar con los demás era su chifladura. ¿Cuántos amigos no escucharon su voz interminable a través del teléfono, a aquellas insólitas horas tempranas en que a Emilio se le ocurría hablarles? Sí, le gustaba contar, hablar de lo que sucedía en Málaga o en la Residencia, o de lo que le había dicho un peladito en la calle, o de algo muy raro, muy raro, que le había pasado:

—¿Sabes? Ayer estaba yo aquí escribiendo y oí que alguien me gritaba. Entonces me asomé a la ventana y vi a alguien que no conozco o que no vi bien, que me hacía señas como loco. Luego se fue. ¿Tú quién crees que habrá sido? A lo mejor no era nadie. ¿Sabes? Cuando yo era pequeño yo veía personas que se me acercaban a la cama y luego se iban, y yo no las conocía.

Uno se reía suavemente, pero Emilio llegaba a convencerlo de sus relaciones con lo sobrenatural. Se cuenta que cierta vez discutía con un amigo en el cruce de dos calles y que se le había ocurrido comentar: “Mira tú, ¿y si tal como ahora estamos aquí conversando, sale un coche de esa calle y otro de esa otra y chocan?” Unos minutos después, dos coches chocaban en el mismo lugar y el amigo se desmayaba. Pero, ¿a qué atenerse? Emilio gustaba de inventar hechos terribles, chismes inocentes que él juzgaba muy malvados con su sonrisa pícaro y angelical.

—¿Sabes? Rafael y Luis (Buñuel) se vestían de curas y se metían a los tranvías a contarse cuentos verdes en voz alta. Luego, en lo más peligroso del trayecto, como eran muy deportistas, se despedían de todo el mundo y se tiraban del vehículo en marcha, dando una voltereta.

¿DÓNDE está Emilio Prados? Aquella última tarde que lo vi, cuando subió a mi departamento, no hace tres meses, poco antes de morir, me enseñó una carta que de España le habían enviado unos estudiantes. “Venga usted aquí —le decían, más o menos— y convenza a Alberti y a los otros poetas del destierro a que vengan con usted. Los necesitamos a ustedes. Somos una generación huérfana. Venga usted aquí, sin preocuparse de qué vivir, que de eso nos encargáramos nosotros. Pero venga.”

—¿Tú ves? —me dijo Emilio, a la puerta de mi casa, antes de que yo lo despidiera para siempre, sin saber que era para siempre—. ¿Crees que no quiero

volver a Málaga? Pero pienso que volver ¿para qué?... Ya no estaría allí Federico, ni la Residencia... Y luego, en cualquier parte se puede encontrar poesía. Aquí estoy vivo, allá sería un fantasma.

¿DÓNDE está Emilio? Confieso que nunca me ha sido fácil su poesía, que tuve siempre que leerla con una constante voluntad de atención, tratando de penetrar sus signos, sus claves. Y no es que sea una poesía oscura e intrincada; al contrario, si es difícil es a fuerza de luminosidad, de una clarividencia que ciega. Es fácil mirar un cuerpo opaco, porque nuestra vista se detiene en él, descansa no yendo más allá de su materia. Pero un cuerpo translúcido, como el de la poesía de Prados, la vista lo atraviesa, va más allá, y sin embargo tiene que volver a reconocer el poema, para comprender lo que hay *detrás* de él. Es algo parecido a lo que sucede con la pintura de Velázquez: que nos hace olvidar el cuadro e ir más allá de él, y luego nos pide que volvamos a él para *ver* realmente.

Pero esa transparencia misma de la poesía de Prados no quiere decir que no contiene nada, que es visión pura, o la fría inteligencia que se consume a sí misma, como en Gorostiza. Esa transparencia es pensamiento, pero un pensamiento ejercido a través de los sentidos y que llega a las cosas y las convierte en sí mismas, en más ellas mismas de lo que son. *Wer das Tiefste gedacht, liebt das Lebendigste* (“Quien pensó lo más hondo, ama lo más vivo”). Esta frase de Hölderlin es la consigna de todo ese “río natural” que es la poesía de Prados. Él la copió para epígrafe de su último libro, *La piedra escrita*.

Su poesía era la síntesis gozosa del que mira con lo mirado, una clara y apasionada fusión del *yo* con lo *otro*, un desarreglo de los sentidos que creaba un tiempo y un espacio del alma. “Se le perdía la carne por el sueño”, no sabía si el barco “estaba en el mar o en el alma”, y pensaba que “nadie penetra al sueño si al sueño no se abre”. Partía de los sentidos hacia las cosas y volvía a su alma para contemplarlas sin creer en los sentidos; y nuevamente, partía de... Su obra es una dialéctica del pensamiento y la realidad, del sueño y del mundo, un recorrer el camino de lo claro para llegar al misterio, un reconciliar los contrarios para negar la luz y la sombra y afirmarlas juntas, para hacer uno lo interior y lo exterior. Su poesía es difícil porque no tiene quietud, porque es un fluir continuo de contradicciones que son aceptaciones, un recorrer apariencias que son esencias, un diálogo entre las cosas en el que son ellas las que dan las palabras al poeta. En sus últimos poemas, los de *Circuncisión del sueño*, *La piedra escrita*, ya todo Emilio era poesía hacia dentro, poesía indeclamable, musical por su movimiento y no por su sonido, en la que cada palabra era revelación y no canto:

*¡Gozo de estar! ¡La luz en la luz luce!
¡Entra a la luz! ¡Grabada en la luz fluye!*

No he querido analizarlo, hacer esa “crítica objetiva” que convierte a todo poeta en un producto químico y a la poesía en un problema de “saber hacer”. Porque, como decía Emilio, “¿qué se puede añadir a esta blancura?”